

Los primeros habitantes del Montgrí



CUANDO contemplamos el bello paisaje de lo que el malogrado geógrafo ampurdanés Juan Carandell llamaba el Meso-Ampurdán, nos preguntamos ¿cómo sería este paisaje hace 50.000 años? ¿cuando y cómo fueron esas montañas holladas por vez primera por la planta humana?. Cerramos los ojos y tratamos de imaginarnos ese paisaje prehistórico, pero faltos de puntos de referencia comprobados científicamente, lo que imaginaremos será pura fantasía.

Nos hace falta el apoyo de dos ciencias, la Geología, con su filial la Paleontología, y la Prehistoria. La primera ha de darnos no solo el aspecto sucesivo del paisaje a través de sus modificaciones desde el Terciario, con la flora y fauna que lo animaba, sino también, lo que en nuestro caso tiene especial valor, el contorno de las tierras y el progresivo retroceso de las aguas por el relleno de los golfos que se abrían a ambos lados del macizo cretácico del Montgrí.

Por su parte la Prehistoria, al recoger los vestigios de las civilizaciones preríticas, anteriores a la colonización de griegos y romanos, nos informará de la vida del elemento humano dentro de este paisaje que tanta sugestión ejerce sobre nuestro ánimo.

Digamos desde un principio que ni los datos de la una ni de la otra ciencia son satisfactorios y así necesitamos todavía de la propia fantasía para reconstruir el remoto aspecto de estas tierras.

En sus líneas generales está suficientemente estudiado y descrito el proceso evolutivo del paisaje catalán a través de las eras geológicas. Pero, que sepamos, ningún especialista del Cuaternario ha estudiado con detalle cual fuera la configuración del Ampurdán, su clima, su fauna y su flora, a lo largo de esos impresionantes períodos glaciares e interglaciares que imponían cambios tan sensibles en todos los aspectos de la vida e incluso en la configuración de las tierras por la oscilación del nivel de las aguas marinas.

Hemos de contentarnos con la vaga idea de un islote, el Montgrí, unido o separado de tierra firme según varía el nivel de las aguas y al posarse por fin, al terminar el Pleistoceno, unido a manera de un istmo por tierras bajas y pantanosas con las tierras más altas del borde occidental del Ampurdán. Por esas tierras circulaban los brazos de poderosos ríos, en especial el Ter al que hemos de imaginarnos arrastrando enormes masas de sedimentos que en los últimos diez mil años han colmado los dos profundos golfos por entre los que el Montgrí avanzaba como una península. El Ter se abriría en varias bocas que dejaban en su centro el islote del Montgrí. Otros montículos, los llamados tómbolos se levantaban en el llano pantanoso e iban siendo incorporados a tierra firme por el crecimiento del Delta del río. Nombres como Pals y Sobrestany indican suficientemente ese carácter de las tierras bajas que rodeaban al Montgrí. Con el tiempo todo ese terreno ha sido

drenado, secado, cultivado y el cauce vago del río ha llegado a adquirir su línea actual; pero la historia conserva el recuerdo del brazo que desembocaba al Sur de Ampurias, en parte oculta su desembocadura por las arenas del golfo y el brazo que tiene todavía su claro vestigio en el llamado Ter vell de l'Estartit. Las grandes inundaciones restablecen las condiciones prehistóricas y así todos nos hemos podido dar en alguna ocasión idea clara del aspecto que el Montgrí ofrecía durante el Cuaternario. Inútil sería buscar en estos sedimentos recientes del llano vestigios del hombre prehistórico anteriores a la Edad del Hierro. Los vestigios Neolíticos aparecerán en los bordes de las tierras que empiezan a levantarse alrededor del llano o en el propio macizo del Montgrí.

Pero ahora interesa preguntarnos: ¿No pudo el hombre del Paleolítico recorrer estos montes y estos llanos dedicado a la caza que sería entonces abundantísima? Nada impide que en momentos de regresión del nivel de las aguas existiera un paso fácil al macizo del Montgrí y que por él hubiera circulado el hombre paleolítico. De este hombre tenemos vestigios claros en el borde occidental del Ampurdén (San Julián de Ramis, Serriñá) y aunque la ruta entre la península y el resto de Europa que buscaba el fácil paso de los collados del Pirineo oriental pasaba por esas tierras del interior, sin duda menos pantanosas, es verosímil que este hombre que tenía sus guaridas en el Cau de les Goges o en la cueva del Reclau Viver cazara en alguna ocasión en nuestros montes. Y no olvidemos que muchos miles de años antes que en estas cuevas que acabamos de citar, el hombre vivió en las comarcas gerundenses; prueba de ello es la famosa mandíbula de Bañolas que perteneció a un hombre de rasgos más arcaicos, tal vez de la raza de Neandertal, tal vez más viejo todavía. No consideramos inverosímil que este hombre de Bañolas tenga una antigüedad de 100.000 años ni que alguno de su horda hollara con su planta en alguna ocasión las rocas del Montgrí aún en el caso de que éstas estuvieran aisladas por las aguas del Ter.

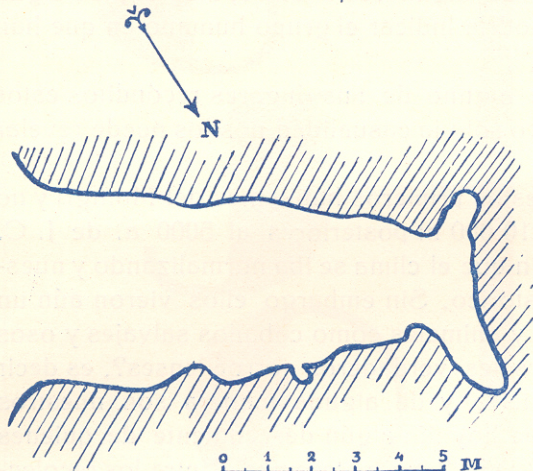
Por desgracia nada hasta el presente se ha conservado de este posible y aún probable paso del hombre paleolítico por nuestra comarca. Y hemos de llegar a tiempos mucho más próximos a nosotros, ya que de ellos nos separan tan sólo diez mil años como máximo, para que tengamos vestigios seguros del hombre del Montgrí. Estos primeros habitantes seguros del Montgrí nos han dejado sus restos en dos de las cavidades más importantes de la montaña, que por rara coincidencia llevan el mismo nombre: «Cau del Duc»; aunque una de ellas esté situada en la montaña de Ullá y por tanto esté en el término municipal del vecino pueblo, y la otra sea el conocido *cau* situado debajo mismo del castillo, visible por su enorme boca desde gran distancia y elemento característico de nuestra montaña.

Cuando hace cerca de cuarenta años se inició el afán exploratorio de los yacimientos arqueológicos en Cataluña, no podía pasar mucho tiempo sin que esta cueva, tan visible, fuera explorada. Por nuestra parte la visitamos con espíritu arqueológico en el verano de 1917, levantando un croquis de la misma y recogiendo ya algunas piedras mal talladas que no aclararon la cronología del yacimiento, aunque hacían pensar en la existencia de éste. Por entonces la visitó también el notable zootécnico y erudito biólogo, Antonio Rossell y Vilà, que se encontraba en Torroella con motivo de dar unas conferencias.

Esta visita al «Cau del Duc» fué nuestra primera exploración arqueológica realizada por cuenta propia y por ello figura en nuestro recuerdo con el encanto del primer paso en una larga y fecunda carrera. Seguimos volviendo en años sucesivos al «Cau del Duc». Pero por las condiciones del yacimiento no era posible

darse cuenta de su verdadero carácter sin una exploración total, y ésta no pudo realizarse hasta el año 1922 en que el Servicio de Investigaciones Arqueológicas del Instituto de Estudios Catalanes de Barcelona, al que habíamos llevado los materiales encontrados, destinó una cantidad a su excavación. Esta se realizó por el malogrado aficionado D. Matías Pallarés al que acompañé y serví de ayudante. Durante unos días todas las personas cultas de Torroella estuvieron pendientes de los trabajos que en la cueva se realizaban. Con los más destacados elementos del antiguo Ateneo, donde había yo dado algunas conferencias de Prehistoria años antes, organizamos varias excursiones de exploración al «Cau dels Ossos» y a otras covachas de la «Montaña Gran». Viejos amigos, desaparecidos muchos de ellos— José Mascort y José Castells entre los más entusiastas— aparecen en las fotografías que guardamos de tales excursiones, al lado de otros que sin duda no han vuelto a ocuparse de Arqueología. El malogrado Xico Barbet, que por su aptitud para vivir de los recursos de la montaña parecía directo descendiente de los habitantes prehistóricos de ésta, y el popular Serrano, fueron en aquella y en ulteriores campañas nuestros principales obreros.

El yacimiento del «Cau del Duc» se daba con carácter muy superficial; la roca de base afloraba en muchas partes y los instrumentos líticos se hallaban a veces como escondidos entre las peñas. Por fortuna una estratigrafía más clara nos proporcionó el «Cau del Duc» de Ullá que visitamos y excavamos con Pallarés el mismo verano de 1922.



Planta del «Cau del Duc», de Torroella.

En el «Cau del Duc de Ullá», cavidad pequeña y de entrada en forma perfecta de embudo, se encontraba un nivel superior de la Edad del Hierro, encima de otro nivel neo-eneolítico, el cual a su vez estaba superpuesto a un nivel con industria parecida a la de su homónimo de Torroella. Con ello quedaba perfectamente definida la edad de los restos que habíamos descubierto en este último.

Nuestra sorpresa fué grande al encontrarnos con una industria tosca. La formaban cantos de cuarcita tallados groseramente en uno de sus extremos para formar una especie de picos, hendidores o hachas; sólo unos pocos ejemplares resultaban típicos. Iban acompañados de lascas de cuarcita por lo general curvadas, de algunos toscos sílex entre los que aparecía una punta irregular, y un grosero punzón de hueso. A su lado, restos de fauna que comprendían especies corrientes como el caballo o el conejo y un colmillo de oso. Posteriormente D Pedro Blasi, que nos acompañó durante muchos años por nuestras correrías arqueológicas en el Montgrí, encontró algunas piezas más de esta pobre industria, que se guardan en la pequeña colección de la Escuela Nacional. Todos los indicios tanto por los útiles de piedra como por la fauna, coincidían en que nos hallábamos frente a los restos de gentes que vivieron en la llamada época epipaleolítica y que emplearon técnicas semejantes a las de la conocida industria asturiense.

Como el Asturiense estaba de moda en la época en que descubrimos los restos del «Cau del Duc», se tuvo a éste por una prueba de la extensión hasta la

costa catalana de esta industria que tenía su centro en Asturias y que abarca los tiempos posteriores al Aziliense hasta la llegada del Neolítico. Y así se ha dado en muchos libros como estación asturiense. Nosotros hemos preferido llamarla pseudoasturiense. Las gentes del Montgrí, aunque vivían cerca del mar, no parece que comieran muchos moluscos, mientras éstos últimos constituían la base de la alimentación para los asturienses propiamente dichos. Por otra parte, estos últimos labraron útiles mucho más perfectos y definidos que los toscos del «Cau del Duc».

Estos son los hechos positivos que la ciencia prehistórica nos ofrece y que dejan ancho campo a la imaginación y aún a la fantasía. ¿Como llegaron hasta nuestras montañas gentes tan misérrimas que durante unos siglos vivieron arrinconados en esta especie de islote? ¿Se trataba de descendientes empobrecidos de aquellos geniales artistas del Solutrense y del Magdalenense, de familias que no quisieron emigrar hacia el Norte y que fueron perdiendo sus antiguos conocimientos técnicos? ¿O bien se tratará de una pequeña horda llegada de las tierras del N. O. de la península donde se mantuvieron durante todo el Paleolítico las más toscas técnicas de la talla de la piedra y que aprovechando el vacío que el final del Paleolítico ocasionó se infiltraron hasta el lejano nordeste de España? Imposible decidir la cuestión. Tan solo el hallazgo de algún resto antropológico, de algún cráneo perteneciente a estas gentes nos podría indicar el grupo humano en que han de incluirse.

Sin duda la montaña conserva en alguno de sus lugares recónditos estos vestigios óseos que nos hacen falta, pero sólo la casualidad nos los puede revelar algún día.

Hemos intentado dar una fecha a estos primeros habitantes del Montgrí y no parece que puedan ser anteriores al año 10.000 ni posteriores al 5000 a. de J. C. Habitaron pues la montaña en la época en que el clima se iba normalizando y nuestras comarcas se acercaban al paisaje histórico. Sin embargo ellos vieron aún un caudaloso río a sus pies, grandes selvas y animales como caballos salvajes y osos recorrer nuestros montes. ¿Puede llamárseles verdaderos torroellenses?, es decir ¿podemos pensar que quedaron en esta tierra y de alguna manera son nuestros abuelos? ¿Habrán entre los torroellenses de hoy día algún descendiente de quienes habitaron hace miles de años el «Cau del Duc»? No lo creemos. Entre los recolectores y cazadores del «Cau del Duc» y los agricultores neolíticos que empezaban a habitar el llano y enterraban a sus muertos en las grietas de la montaña no parece que existiera nada en común. Esos neolíticos de los que tan solo nos separan 150 generaciones pueden llamarse ya verdaderos torroellenses. Podemos pensar que ha habido unas 200 generaciones de torroellenses, unos 200 abuelos que han vivido y han muerto en este suelo que nos es tan querido. En cuanto a esos pobres y míseros habitantes del «Cau del Duc» dan la impresión de ser un pequeño grupo en decadencia como arrinconado, condenado a extinguirse. Durante muchos años no hemos tenido de ellos ninguna noticia. Ahora recientes hallazgos en una cueva de Serriñá permiten sospechar una mayor extensión del grupo y aún concebir la esperanza de que algún día tendremos datos suficientes para aclarar el enigma de esos primeros habitantes del Montgrí.

Luis PERICOT